

# LA ACEQUIA REAL DEL JÚCAR Y SUS MOLINOS LA RIBERA, PAÍS VALENCIANO

Enric Guinot

Sergi Selma

(Universitat de València)

## [Introducción](#)

*Las diversas sociedades que se han sucedido sobre las tierras valencianas, incluida la nuestra contemporánea, han hecho de la necesidad virtud y han ido construyendo una sucesión de sistemas hidráulicos que garantizasen al máximo posible la producción de alimentos y la supervivencia año tras año. Ello ha generado una cultura del agua que ha pasado a ser uno de los aspectos que conforman la cultura histórica y social del pueblo valenciano.*

Uno de esos grandes sistemas hidráulicos valencianos tan característicos ha sido, desde su creación en el siglo XIII, la Acequia Real del Júcar. La enorme trascendencia socioeconómica del aprovechamiento de sus aguas, tanto para el riego de los campos como para impulsar un buen número de molinos, avalan esta afirmación. En tiempos medievales ya poseía tantas tierras empadronadas como el principal canal de riego de la Huerta de Valencia, la Acequia de Moncada, con unas 35.000-40.000 hanegadas. En 1673, la Acequia Real regaba un área de 47.890 hanegadas, equivalente a casi la mitad del conjunto de la Huerta de Valencia, si bien no debe olvidarse que sus caudales eran bastante más abundantes y seguros que los disponibles allí, por lo que posibilitaba el desarrollo de una agricultura más intensiva. A finales del XIX, un siglo después de su ampliación entre Algemesí y Albal, llegaba a regar cerca de 200.000 hanegadas, superficie superior en un 60 % a la que beneficiaban las ocho acequias de la Huerta de Valencia, e impulsaba casi medio centenar de molinos.

En la actualidad, con 52 kilómetros de canal principal, una densa red de canales secundarios y 294.000 hanegadas irrigadas, continua siendo, con mucha diferencia, la principal acequia tradicional de todo el territorio valenciano.

Pero el interés histórico de la Acequia Real es incluso mayor del que se desprende de las magnitudes que acabamos de exponer. La mayoría de las principales acequias fluviales, y por tanto del paisaje tradicional de la huerta que asociamos como algo de tiempos inmemoriales en la historia valenciana, en realidad se fueron construyendo desde el siglo XIII y a lo largo de la Edad Media y Moderna. Así pues, parece lógico que hablemos y pensemos de los diferentes sistemas de regadío histórico valenciano, que entendamos que no son una realidad estática e inmóvil a lo largo de los siglos, sino que son un sistema vivo que ha ido cambiando a lo largo de las épocas, al paso de los cambios que se sucedían en la sociedad valenciana.

La construcción de la red hidráulica de la Acequia Real del Júcar ha ido generando a lo largo de los siglos diversas obras para su mejor uso y aprovechamiento, conformando una arquitectura específica. Este patrimonio hidráulico tiene un punto de referencia básico en el propio trazado y recorrido físico de la acequia, la configuración de la cual no resulta casual, sino que se trata de un espacio agrícola construido, reparado, ampliado, usado y cuidado durante siglos. Además, en ella se acumulan una larga serie de construcciones de todo tipo, que conforman la arquitectura del agua necesaria para el funcionamiento del sistema de riego o que aprovechan de la energía que genera la circulación del agua. En este último grupo de construcciones tienen un protagonismo muy considerable los molinos, unos molinos harineros y arroceros, movidos por agua que en el último siglo protagonizaron la revolución industrial.

A través de la historia de los molinos en la Acequia Real del Júcar podemos asistir a la evolución tecnológica de la sociedad valenciana: el paso de la moltura de harina a la explosión del arroz en la comarca de la Ribera durante la Época Moderna. Después, el inicio de la revolución industrial y el uso de los saltos de agua para mover máquinas, con un especial protagonismo en este sistema de las pequeñas centrales eléctricas.

Prácticamente en cada pueblo, desde Alberic a Silla, pasando por Guadassuar, Algemesí, Benifaió o Almussafes, alguno de los viejos molinos de la Acequia Real fue convertido durante el paso del siglo XIX al XX en las primeras *fàbriques de llum* (fábricas de luz).

### [La acequia Real del Júcar y su historia](#)

La Acequia Real del Júcar que conocemos actualmente no ha existido tal cual desde sus inicios hace más de 750 años, ni se ha denominado siempre de la misma forma. Ésta es el resultado de una construcción a lo largo del tiempo, de la introducción de modificaciones y reparaciones a lo largo de los siglos y, especialmente, de la gran transformación que se produjo en los años finales del siglo XVIII.

Este canal de riego ha tenido diversas denominaciones a lo largo de su existencia. En los primeros años de su construcción llegó a designarse como Acequia de Alberic, pero pronto tomó el nombre de Acequia de Alzira o Acequia Real de Alzira con el que se la conoció hasta finales del siglo XVI. Desde 1608 Alzira tuvo que compartir con Algemesí el gobierno de la Acequia que, hasta entonces, había tenido en exclusiva, circunstancia que explica que el apelativo más repetido en la documentación a partir de ese momento sea el de Acequia Real. Cuando a finales del siglo XVIII se realizó la ampliación hasta Albal, ésta tomó la denominación definitiva de Acequia Real del Júcar, distinguiéndose entre la zona de regadío medieval (Primera Sección) y la zona de nuevo riego (Acequia del Proyecto o Segunda Sección).

#### **a) La construcción del primer tramo desde 1258.**

Sobre la base del regadío heredado de la etapa islámica, muy reducido y fragmentario, Jaime I llevó a cabo una firme política de expansión del riego en la Ribera Alta del Júcar, que se concretó en la construcción de la Acequia Real. El canal que estudiamos fue concebido esencialmente con un objetivo político: ser un instrumento capaz de propiciar la atracción y fijación de una fiel población cristiana en la zona de Alzira, con la finalidad de asegurar el dominio político sobre

una parte del territorio recién conquistado de indudable importancia estratégica, la frontera del Júcar, bastante cercana a la capital del nuevo reino.

El proyecto inicial ya pretendía conducir aguas desde Antella hasta Almussafes, enlazando con la Huerta de Valencia, pero en el siglo XIII únicamente llegó a materializarse la Primera Sección, que concluía en el actual término de Algemesí. La mayor parte de este tramo medieval se construyó bajo iniciativa de Jaime I y a los pocos años de la ocupación cristiana de la zona, fundamentalmente entre 1258 y 1269. En 1273 las obras ya debían estar lo suficientemente avanzadas como para que el monarca promulgase las primeras ordenanzas conocidas para su funcionamiento.

Así pues, la construcción de la Primera Sección de la Acequia Real significó pasar a irrigar una gran superficie que nunca antes se había beneficiado del riego, así como integrar pequeños regadíos inconexos y abastecidos con los exiguos caudales proporcionados por algunas *sénies* o alimentados por el citado *riu dels Ulls*, que ahora iban a recibir las abundantes y bastante seguras aguas del Júcar. Con la creación de la Acequia Real nació el primer gran sistema hidráulico existente en la margen izquierda del río, capaz de regar con sus aguas unas 40.000 hanegadas a finales de la Edad Media. Todo parece indicar que, en la comarca de la Ribera, sólo le precedió otro gran sistema de riego de época islámica, la Acequia de Ènova y sus escorrentías, aunque la entidad de este canal no puede equipararse con la Acequia Real.

### **b) La construcción de la Segunda Sección, 1760-1815.**

*La prolongación de la Acequia Real desde Algemesí hasta Albal (Acequia del Proyecto) fue una de las obras hidráulicas más importantes de la España del siglo XVIII, como refleja el enorme aumento de la superficie empadronada, que pasó de 52.800 hanegadas en 1767 a unas 170.000 a mediados del siglo XIX. No deja de llamar la atención que un proyecto pensado en el siglo XIII y reconsiderado a comienzos del XV no se efectuara hasta casi cuatrocientos años después, aunque se dispusiera de las bases legales y tecnológicas necesarias para su ejecución.*

La idea de prolongar la Acequia Real no se hizo realidad hasta el último tercio del siglo XVIII debido, sobre todo, a la constante y cerrada resistencia de los regantes tradicionales. El duque de Híjar, señor de Sollana, fue quien puso más empeño en dar el paso definitivo, recurriendo a la expansión del regadío como fórmula para aumentar sus rentas feudales. Se debe recalcar que la génesis de la relevante ampliación del regadío en la Acequia Real durante la segunda mitad del XVIII no fue resultado de la aplicación de ninguna supuesta política hidráulica de la monarquía ilustrada, sino un acuerdo interno entre los regantes y el citado noble, interesado en dotar de riego a las tierras de su señorío de Sollana para transformarlas en arrozales.

Si en marzo de 1765 consiguió que el Consejo de Castilla reconociera su derecho a construir la nueva Acequia de Sollana, en 1767 consiguió que las autoridades borbónicas desempolvaren el viejo proyecto de prolongar la Acequia Real y, en junio de 1771, que se le adjudicasen las obras de ampliación en los términos contemplados en el *Privilegio* de 1404. Con ello se pasaba de una idea más limitada y modesta, la Acequia de Sollana, para regar 15.600 hanegadas, a un plan de gran envergadura que contemplaba regar unas 80.000 hanegadas nuevas entre Algemesí y Albal mediante la Acequia del Proyecto, a cambio, eso sí, de los correspondientes impuestos que con posterioridad se aplicarían para poder regar. Esto explica que, apenas terminadas las obras, a comienzos del siglo XIX, ya se calificara al duque como "más bien un poderoso especulador que un bienhechor ilustrado".

La superficie regada en la Segunda Sección, que comprende parte de los términos de Almussafes, Silla, Benifaió, Beniparrell, Alginet, Picassent, Alcàsser, Albal, Albalat y Sollana, fue muy fluctuante durante buena parte del siglo XIX, debido a la insuficiencia del agua que llegaba. Al poco tiempo de acabadas las obras había un mínimo de 35.000 hanegadas de riego garantizado, más otras 45.000 hanegadas de regadío algo más precario que no podían regarse con normalidad en los peores años. Con todo se puede hablar de un aumento del regadío tradicional del orden del 25 % y un crecimiento global del área regada del 54 %. Además, las tierras beneficiadas por la Acequia Real aumentaron todavía más durante la segunda mitad del siglo XIX y a lo largo de todo el XX.

El conjunto de las obras realizadas en la Acequia Real durante la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX supusieron un aumento consolidado de la superficie regada de unas 67.000 hanegadas —más de las que se regaban hasta entonces— y permitieron que en los años en que llegaba mayor caudal por el Júcar alcanzaran a regarse hasta 177.000-200.000 hanegadas, lo que equivale a un incremento del orden del 250 % sobre la superficie empadronada en 1744. Son, pues, unos resultados que no desmerecen en nada si los comparamos con las más renombradas empresas de mejora del regadío ilustrado ejecutadas en el siglo XVIII. Tras su ampliación, la Acequia Real se convirtió en el más importante de los regadíos valencianos.

Las consecuencias socioeconómicas de este proceso de expansión del regadío fueron muy importantes, incluso en el área de riego medieval, donde la ampliación de la superficie regada tuvo una dimensión más discreta. Un numeroso colectivo de pequeños propietarios locales resultó inicialmente muy beneficiado, frenando momentáneamente su angustioso camino hacia la proletarización, al poder subsistir las familias con unas explotaciones más pequeñas, soslayando la dura condición de jornalero. El arroz salió potenciado, puesto que introducir este cultivo solía ser el objetivo central de quienes aspiraban al riego. Pero, sin duda, los mayores beneficiarios fueron destacados terratenientes foráneos, que iban subiendo el precio de los arrendamientos de las tierras a medida que iban consiguiendo el riego. A largo plazo, la creciente rentabilidad que pasaba a arrancarse a los campos que lograban el riego incrementó el interés de los rentistas urbanos por invertir en la zona, acelerando el ya acusado proceso de polarización en el reparto de la propiedad agrícola. El impacto socioeconómico de la construcción del Segundo Tramo, al transformar en regadío un espacio agrícola cercano a la ciudad de Valencia, debió ser extraordinario, pero todavía no ha sido convenientemente estudiado.

Este conjunto de mejoras contemporáneas han permitido ganar el caudal suficiente para incrementar la superficie regada por la Acequia Real, que ha pasado de las casi 200.000 hanegadas de finales del siglo XIX a las 233.000 empadronadas en 1953 y las 294.000 que actualmente beneficia.

## [Los molinos de la Acequia Real del Júcar](#)

El conjunto de molinos que han llegado a nuestros días, o de los que existe memoria histórica de su existencia en la Acequia Real del Júcar, no se construyeron en un mismo y único momento, sino que son resultado de su acumulación a lo largo de los siglos. Sus orígenes son los mismos de la Acequia Real, la segunda mitad del siglo XIII, cuando, de forma paralela a la construcción del gran sistema de riego por orden de Jaime I, también se edificaron, con permiso real, los primeros molinos harineros para aprovechar el caudal de agua como fuente de energía.

La historia original de aquellos primeros casales medievales de la Acequia Real resulta oscura y muy fragmentada. Ocasionalmente se localizan noticias sobre un propietario o sobre algún pago fiscal, pero no es fácil restituir una imagen de cuáles fueron los primeros artefactos construidos, quienes sus propietarios, ni el orden cronológico en que fueron edificadas. Basta recordar que, en época islámica existieron en la zona numerosas huertas regadas con aportaciones de agua bien diferentes, casi siempre al margen del río Júcar, y con algún que otro molino que abastecía a las poblaciones rurales de la zona —casos de Alberic, l'Alcúdia o Algemesí—. Este espacio agrario irrigado del margen izquierdo del río Júcar fue radicalmente transformado como consecuencia de la actuación uniformadora que representó la construcción de la Acequia Real.

Hay que pensar en un reparto lógico por pueblos, con la existencia de quizá tan sólo un molino en las localidades más grandes, esto es, en Alberic, Guadassuar y Algemesí, y la presencia de otros complementarios en alguno de los pequeños señoríos situados en el interior de la zona irrigada. Entre esos se podrían citar los molinos de El Toro y quizá Genís, en Alzira, y quizá los de Alàsquer y Montortal. En total estamos hablando de cinco o seis molinos tan sólo para época medieval, probablemente todos ellos harineros —una cifra muy similar a los molinos que habría en época islámica—. Sobre estas cifras debemos tener en cuenta que, además, todo el siglo XV fue de retroceso demográfico y que el cultivo del arroz no se había extendido todavía.

Durante estos primeros siglos medievales hay que hablar de molinos cuyas edificaciones son pequeñas, generalmente de una sola crujía que se disponía perpendicular al trazado de la acequia que lo alimentaba. Solían tener una sola planta, a veces con altillo, y una cubierta a una sola agua hacia la fachada trasera. Así se aprecia todavía en los pocos restos conservados de esa época, que se limitan a partes del molino de El Toro, pero sobre todo a uno bien conservado, el molino *del Canyar* o *Vell de Dalt* en Alberic, que es el edificio más ilustrativo.

A partir de los inicios del siglo XVI las cosas cambiaron notablemente. El motor del despegue hay que localizarlo en el aumento de la población, con una consecuencia inmediata como fue la construcción de más molinos. Algemesí, por ejemplo, pasó de uno a tres, y en 1850 se construye el cuarto; Guadassuar cuenta con tres molinos, y es posible que Alberic tuviese un segundo. Parece razonable hablar de una docena de molinos a finales del siglo XVI, momento en que van apareciendo poco a poco las primeras muelas arroceras. El cultivo del arroz se fue extendiendo por los campos regados por la Acequia Real a partir de esta época, introduciendo cambios en las funciones de molturación para poder quitar la cáscara del arroz y dejarlo blanco. Aún así, lo cierto es que estas transformaciones no son substanciales, ya que prácticamente la misma instalación interior del casal es adecuada para uno u otro uso. Poca cosa más que el cambio de la muela volandera o superior es toda la operación necesaria para la transformación de un molino harinero en arrocero, lo que permite incluso el trabajo alternativo en una u otra producción.

Aún así, la arquitectura de los molinos en el siglo XVI va a experimentar ciertos cambios respecto a las centurias precedentes. La planta del edificio se amplía llegando a construir algún pilar central, para soportar una jácena de grandes dimensiones, que divide el espacio en dos crujías, al mismo tiempo que construye una cubierta a dos aguas. A pesar de todo, los casales continuaron teniendo una sola altura, con posible altillo, y se disponían también de forma transversal sobre la acequia. El ejemplo más representativo, hoy todavía en pie, se localiza en el molino de Genís en Alzira que, a pesar de tener un origen anterior, fue abandonado en el siglo XV y rehabilitado en el XVI, momento en que se documentan estas mismas reformas. Y otro caso también impresionante es la

parte antigua del *molí Nou* o de Espinosa, en Algemesí, que data de este mismo siglo y dispone en dicha sala antigua de un pilar central que, posiblemente, distribuía la cubierta a cuatro aguas.

El siglo XVIII marcó en muchos aspectos uno de los períodos de crecimiento más destacado de la sociedad valenciana, a pesar de los graves problemas políticos derivados de la Guerra de Sucesión y la pérdida de los Fueros valencianos. El crecimiento humano en esta centuria es muy notable, lo mismo que la imparable expansión de las tierras regadas por la Acequia Real, que fue la causa de un nuevo período de construcción de molinos.

Hacia mediados del siglo XVIII, en un contexto de crecimiento demográfico, se produjo una sucesión grave de años de sequías. En esas circunstancias fue cuando se empezó a plantear la posibilidad o necesidad de ampliar el recorrido de la Acequia Real hacia la comarca de l'Horta-Sud. Ese fue el momento oportuno para realizar una inspección y un balance de las instalaciones y construcciones de todo tipo que se encontraban sobre el cauce principal y sus derivaciones. El resultado de dicha inspección fue la elaboración del magnífico plano realizado por Juan de Rojas y grabado en el año 1765, en el cual se identifican 21 molinos en pie además de otros 7 en aquel momento abandonados o derruidos. Su distribución es desigual, concentrándose en la parte final de la primera sección: Guadassuar tenía seis molinos y Algemesí otros cuatro en pie y dos más derruidos, reuniendo entre ambos municipios prácticamente la mitad de las instalaciones. En Alberic se concentraban cuatro artefactos más, mientras que el resto de molinos se distribuía de la siguiente forma: uno en Gavarda, uno en Benimuslem, uno en El Toro, dos en el término de Alzira, otro en Massalavés y el último en Montortal. En cuanto a su dedicación, hay que señalar que reunían un total de 45 muelas, de las cuales dos tercios eran harineras y el otro tercio arroceras.

Durante el siglo XVII y primera mitad del XVIII, los molinos fueron desarrollando y ampliando las pautas constructivas esbozadas el siglo anterior. Los edificios fueron creciendo en tamaño, se hicieron más largos y las dos crujías paralelas ahora estaban divididas por una hilera central de pilares, los cuales soportaban grandes jácenas de carga sobre las que se disponía el piso de una planta superior. El molino creció pues en altura, manteniendo la cubierta a dos

aguas hacia las fachadas principales. Sin duda, los más representativos son los molinos de Guadassuar y Massalavés.

Sin embargo, el hecho fundamental que transformó el patrimonio hidráulico de la Acequia Real fue la aprobación, por parte del monarca, de la petición realizada por del Duque de Híjar para construir la Segunda Sección de la acequia, desde Algemesí hasta Albal. Sobre ella se iba a construir una gran cantidad de nuevos molinos a lo largo de todo un siglo, desde 1781 hasta justamente la década de 1880. El resultado final fue la duplicación, prácticamente, del número de instalaciones molineras, alcanzando la cifra de 48 unidades en las últimas décadas del siglo XIX, el momento de máxima expansión y difusión de estas instalaciones. De estos molinos nuevos, 5 fueron construidos en la parte antigua, mientras que en la llamada Acequia del Proyecto, la Segunda Sección, los 22 edificios fueron levantados de nueva planta.

Con todo, esta gran ampliación molinera del siglo XIX no fue gradual ni mucho menos. Aprovechando la ampliación, el Duque de Híjar se reservó el derecho a construir molinos en la Segunda Sección, y consiguió acabar tres casales entre 1783 y 1798: el *molí Vell* de Benifaió, el *molí Gran* de Silla y el de Romaní en Sollana. Sin duda, los graves problemas económicos le cerraron el camino a continuar con nuevas obras, pero también se negó a dar permisos a otros, por lo que, prácticamente, no se produjo ninguna construcción nueva hasta 1848-49. A partir de ese momento iba a producirse un cambio importantísimo con la promulgación de una Ley de Aguas en 1847, que atribuía a los Jefes Provinciales —los Gobernadores— el control de los permisos para el uso de las aguas. Esta nueva situación condujo a una eclosión de peticiones en todos los pueblos de la Segunda Sección, desde Alginet hasta Albal. Los nuevos molinos se fueron levantando a gran velocidad en la década de 1850, sometidos tan sólo al pago de un canon al Duque de Híjar y a la presentación de un proyecto de obras que certificase que el molino no perjudicaría en nada a los regantes. Más bien, los conflictos se dieron entre candidatos a construir molinos, apoyándose unos y otros en los ayuntamientos y en los caciques locales. Además, la construcción en aquellos años del ferrocarril Valencia-Xàtiva contribuyó, aún más, a facilitar la salida de la producción de los molinos, con un componente mayoritariamente arrocerero. Los argumentos que hacían referencia a las ventajas del ferrocarril se

hacen explícitos incluso en algunas peticiones de permisos, así como también la cercanía al mercado urbano de la capital valenciana.

A resultas de todo ello, en 1883 existían 47 molinos funcionando con aguas de la Acequia Real, 28 en la parte antigua y 19 en la Segunda Sección; de estos últimos, 14 se habían construido entre 1855 y 1864. Se trata de una de las mayores concentraciones molineras valencianas de la época, incluso superior en números absolutos a la Real Acequia de Moncada, y tan sólo superada por el conjunto de las siete acequias de la Vega de Valencia. Por ejemplo, la Acequia Real reunía dos tercios de los molinos existentes entre todas las acequias del río Júcar a su paso por la Ribera, y reunía el doble de casales que la Huerta de Gandía o dos veces y media los existentes en aquella época en el Bajo Segura.

Los molinos de la Acequia Real, hacia finales del siglo XIX, disponían de un total de 64 muelas, de las cuales 25 eran arroceras y 39 harineras, si bien es cierto que esto era una clasificación fiscal y los cambios de uso eran frecuentes. Además, no todas trabajaban siempre. Las disponibilidades de agua variaban según las épocas del año y, de forma regular, tan sólo funcionaban el 40 % de las muelas, mientras que el resto tenía en las estaciones de otoño e invierno mayores posibilidades de funcionar al disponer de excedentes.

A lo largo de este período hay que diferenciar claramente dos momentos. Por un lado, la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el Duque de Híjar todavía mantenía el control sobre las construcciones de molinos en la Acequia Real, que se corresponde con sus propias edificaciones. Los proyectos previos y las realizaciones arquitectónicas de molinos como el de Romaní en Sollana, o el *molí Vell* de Benifaió, son la muestra más evidente de hacia donde se orientaban las nuevas instalaciones molineras. Se trataba de casales de grandísimas proporciones, con varias crujías paralelas y diferentes alturas. Su resolución arquitectónica es muy simétrica y comienzan a introducirse elementos ornamentales en las fachadas.

Sin embargo, la liberalización de las construcciones durante la segunda mitad del siglo XIX, sólo trajo pareja la grandiosidad de las edificaciones, aunque no tanto su parte artística y decorativa. La característica más destacada fue su ampliación en superficie para adaptarse a las nuevas demandas de espacio donde almacenar la materia prima y la producción. Los ejemplos más

representativos se encuentran en los molinos de Almussafes, el molino de Pinyana en Algemesí o las ampliaciones del molino *del Realenc* en Guadassuar.

Hay que indicar también que el crecimiento en tamaño de los edificios no iba acompañado de unas mayores dotaciones de agua para mover sus muelas. Eso provocó, como ya se ha dicho, que no todas ellas funcionasen simultáneamente, e incluso en algunos molinos se llegó a construir una pequeña balsa ante las entradas a los cárcavos que retenía el agua para conseguir mayor presión. Así sucedió en molinos como el de Romaní en Sollana, el de Carmen en Almussafes, o el del Calvario en Albal, entre otros.

Fruto de estas diferencias de capacidad de trabajo entre unos y otros casales son las clasificaciones fiscales de ellos que llevó a cabo la Acequia Real durante el siglo XIX. El objetivo era documentar su rendimiento económico y, consecuentemente, establecer un canon económico por el derecho a usar el agua para sus máquinas, tal como los regantes pagaban el correspondiente derecho de cequiaje. Este canon se fijó desde antiguo en una proporción de hanegadas de regadío, de tal manera que, a mayor potencia de trabajo, mayor número de hanegadas se le asignaban al molino para que pagase cada año la cantidad de cequiaje que pagaban los labradores. Aunque fluctuaron las clasificaciones a lo largo del siglo XIX, normalmente existió un escalafón de 12 a 14 categorías entre los molinos, a los cuales se les asignaron unos pagos equivalentes a una franja entre 200 y 30 hanegadas, de los más grandes a los más pequeños respectivamente.

Con la entrada del siglo XX, y como sucedió en el resto del territorio valenciano, la capacidad productiva y el papel de los molinos de la Acequia Real comenzó a cambiar. El proceso de industrialización incidió notablemente en los casales, comenzando un proceso de diversificación. Por un lado, algunos molinos, tanto harineros como arroceros, introdujeron las nuevas máquinas de limpiado, cernido y clasificación de la harina y blanqueado de arroz, especialmente voluminosas en el segundo caso. Ello obligó a introducir cambios arquitectónicos en los edificios e instalar dicha maquinaria en las primeras y segundas plantas de los mismos. Los viejos artefactos hidráulicos, poco a poco, fueron arrinconados. La energía necesaria para mover la nueva y cada vez más complicada maquinaria fue creciendo y los saltos de agua se hicieron insuficientes.

Es así como se empiezan a instalar las primeras turbinas estrictamente hidráulicas, seguidas de las máquinas de vapor; la imagen más visible de estos cambios es la construcción de las chimeneas adosadas a los viejos molinos, en cuyos hornos se usaba abundantemente la paja del arroz. Las turbinas todavía son visibles hoy en día en molinos como el *de la Vila* en Alberic o el *del Mig* en Guadassuar.

La industrialización tuvo otra consecuencia derivada, el cambio de usos de algunos molinos. En varias poblaciones como Guadassuar, Algemesí y Silla, el salto de agua de uno de los casales fue utilizado para construir la primera central eléctrica de la población, con lo que se consiguió el alumbrado público entre 1895 y 1910. Un proyecto ejemplificador, que finalmente no se llevó a cabo, fue el intento de llevar la energía eléctrica a Alzira en el año 1897, justamente a partir de la construcción de una central que aprovecharía el salto de agua que generaba la *fesa* de Alzira en el cajero principal de la Acequia Real, proyecto de nuevo lanzado en el año 1916.

A pesar de todo, y a diferencia de lo ocurrido en los molinos situados en la huerta de la Ciudad de Valencia, se ha comprobado que en la Acequia Real no hubo un cambio industrial tan significativo. Las únicas fábricas que se construyeron aquí fueron la de papel llamada de San Diego, en Algemesí, a partir del molino harinero de Santiago Herrero sobre la acequia de Albalat; y la fábrica textil de la familia Navarro en Silla sobre el antiguo molino señorial del Duque de Híjar, llamado luego molino *Gran de Pons* o de Forés, y rebautizado a partir del siglo XX como *molí de les Xiques*, por utilizar básicamente mano de obra femenina. De hecho, éste es el único caso de conversión industrial que se dio y que perduró hasta la segunda mitad del siglo XX.

A partir de la década de 1920 la gran mayoría de los molinos harineros y arroceros fueron introduciendo el uso de electricidad para su funcionamiento, siendo frecuente que parte de la que usaban para mover las muelas la fabricasen ellos mismos instalando un generador. Como en el resto de las comarcas valencianas, los años 30 marcaron el cierre de parte de los casales. El aumento de la potencia productiva de algunos de ellos llevó a la ruina económica a los más atrasados tecnológicamente y, poco a poco, fueron quedando abandonados.

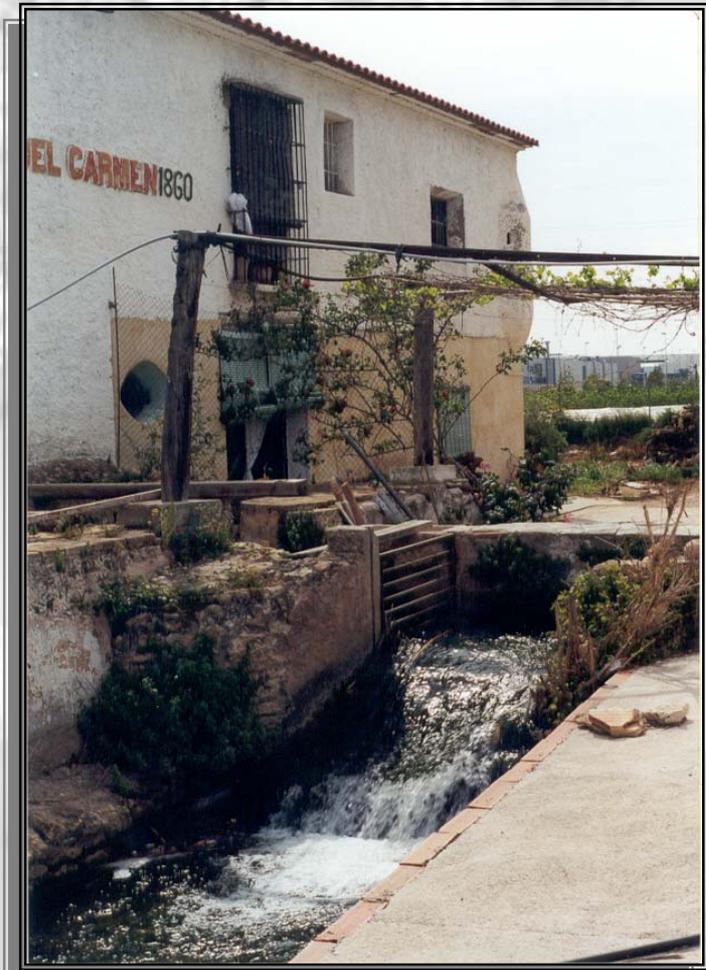
El pequeño renacer de los años 40, dados los problemas de alimentación y suministros de la postguerra, fue simplemente un espejismo. A partir de entonces, los edificios empezaron a ser aprovechados para otros usos. Ha sido bastante generalizada y continuada la conversión de las antiguas instalaciones molineras en granjas ganaderas y, especialmente, en pequeños talleres industriales. En otros casos, el abandono ha llevado a su deterioro y, finalmente, al derribo de los edificios.

Hoy en día tan sólo quedan dos viejos molinos de la Acequia Real del Júcar que mantengan una aceptable continuidad con lo que fue su pasado. Se trata del molino de Galí, en Almussafes, el cual es hoy una importante fábrica industrial de arroz bajo la firma comercial Arrocerías Rovira Alepuz, y el *molí nou* de Albalat de la Ribera, también fábrica industrial arrocerera bajo la firma Arnandis. El resto son, como se ha dicho, pequeñas serrerías y almacenes de madera, los más frecuentes, o granjas para animales. En algún caso se ha mantenido la vivienda particular y, un tercio aproximadamente, han desaparecido o son sólo un montón de ruinas.

[Pies de foto:](#)

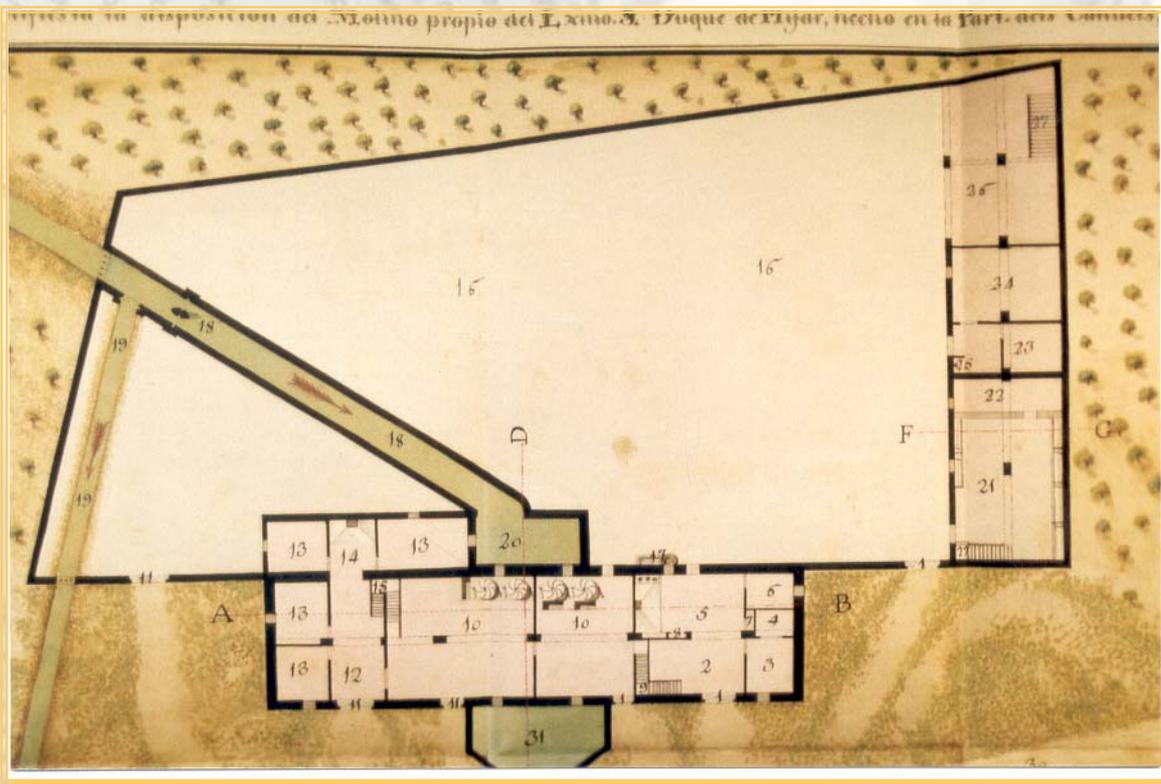
- 1 – Vista general de la Acequia Real del Júcar a su paso por la aldufa real.
- 2 – Plano de las tierras regadas por la Acequia Real del Júcar.
- 3 – Molino del Canyar sobre el cajero del brazal de Alzira.
- 4 – Derivación de agua ante el molino del Carmen en Almussafes.
- 5 – Planta del molino de Sollana.
- 6 – Molino nou o de la travessa en Almussafes.
- 7 – Molino de les xiques y fábrica textil en Silla.





III  
J  
o  
r  
n  
a  
d  
a  
s  
de  
M  
o  
l  
i  
n  
o  
l  
o  
g  
i  
a

5



6



III  
J  
o  
r  
n  
a  
l  
d  
e  
M  
o  
l  
i  
n  
o  
l  
o  
g  
i  
a

7



III  
J  
o  
r  
n  
a  
d  
a  
s  
d  
e  
M  
o  
l  
i  
n  
o  
s  
d  
e  
R  
i  
b  
e  
r  
a  
d  
e  
J  
ú  
c  
a  
r